



MOSTRA DE VENECIA / JORNADA GRANDE A COMPETICIÓN

# Geografías del silencio

Las extraordinarias «Meek's Cutoff» y «Post Mortem» elevan el nivel oficial

Sergi Sánchez - Venecia



El origen y el fin de una civilización. Los pioneros del «western» mordiéndose polvo y los cadáveres de la dictadura de Pinochet goteando sangre en los pasillos de la morgue. Lo que decíamos, el principio y el fin en dos películas extraordinarias que ayer jugaban en la misma liga en Venecia. En «Meek's Cutoff», Kelly Reichardt sugiere que América nació sin otra hoja de ruta que una violencia soterrada. En «Post Mortem», el chileno Pablo Larraín sugiere que la brutalidad del golpe militar contra el gobierno de Allende dormitaba en los rincones más oscuros del corazón de aquellos que se llamaban apolíticos cuando querían decir alienados. Las dos películas son áridas y radicales, y elevaron notablemente el nivel de la sección oficial.

Incomprensiblemente inédita en nuestro país («Old Joy» y «Wendy & Lucy» son de lo mejor del cine americano reciente), la obra de Kelly Reichardt es muy hábil en contar lo que pasa cuando dos personas se miran o se callan. De ahí que su acercamiento al «western» sea particularmente excéntrico: por un lado, adopta un punto de vista femenino y, por otro, se decanta por un tono lírico pero lacónico. Pocos «westerns» dedican tanto tiempo a cargar de significado los actos cotidianos y a documentar el ímprobo esfuerzo de una caravana de pioneros que se ha perdido por los campos de Oregon. Hay tensión dramática, sostenida en una sola nota —la falta de agua— que luego se intensifica con la llegada del Otro, un indio que puede ser enemigo o guía provisional. Michelle Williams encabeza sin vanidad un reparto que Reichardt tiende a filmar en plano general, integrándolo en el paisaje, a la vez bello y hostil, de un país que nació sin brújula.

## Genocidio pinochetista

Pablo Larraín nació en 1976, después del golpe militar chileno. Por eso, dijo en rueda de prensa, ha hecho «Post Mortem»: para comprender lo que ocurrió. Para acercarse al tema utiliza un mediador, el hombre que pasa a máquina los informes del forense. Con pinta de ser un muerto más de la sala, pálido e inexpressivo, Mario Cornejo se enamora de una vecina, una vedette anoréxica. El plano fijo fun-



Larraín, director de «Post Mortem», besa a Antonia Zegers, su mujer

ción como una cárcel para la mirada del protagonista, que sirve como símbolo del autismo de todos aquellos que colaboraron, directa o indirectamente, en el genocidio pinochetista. «Post Mortem» no es una película abiertamente política, aunque todo lo que contribuye a hacerla inolvidable pertenece a una forma de hacer cine que tiene algo de acto de resisten-

«La cinta de Larraín no es abiertamente política. Resulta, en esencia, hosca y sórdida»

cia. Es, en esencia, una película de terror, hosca, antipática y sórdida, sobre lo cerca que siempre hemos estado del fin de la civilización.

En la retaguardia Tsui Hark atacaba por sorpresa con una película de artes marciales que probablemente hará las delicias de Tarantino, pero de la que difícilmente puede justificarse su presencia a concurso. «Detective Dee and the Mystery of Phantom Flame» mezcla las acrobacias del «wuxia» clásico con las pesquisas de un investigador en la China imperial, pero la presunta originalidad de la propuesta carga con pesados lastres, desde unos deficientes (d)efectos digitales hasta una confusión narrativa que coloca al espectador en el trance de desconectarse por completo de una trama detectivesca.

## El misterio del anarquista Caracremada

S. Sánchez - Venecia

El anarquista Ramón Vila Capdevila, alias Caracremada, fue un misterio que la ópera prima de Lluís Galter, presentada ayer en la sección Orizzonti, no tiene ningún interés en desvelar. Su década prodigiosa en la Cataluña rural está plagada de sabotajes a pequeña escala que le definen como un hombre de acción, como un héroe de la resistencia activa, pero que lo condenaron a un segundo plano en la historia del anarquismo español. Para realizar la película más abstracta y menos previsible que se haya hecho sobre la posguerra

española, Galter —que ha tenido como referencias «Banditi à Orgosolo», de De Seta, «Sierra de Teruel» de Malraux y el cine de Straub y Huillet— partió del mito de Sísifo. «Lo abordé desde la óptica de Camus, que no lo veía como un condenado sino como un personaje lúcido, que acepta la relación con un mundo que le es hostil, y cuya vida se traduce en una lucha, en una tensión constante». Sin apenas diálogos y con una preferencia por los planos detalle que podría hacernos pensar en Bresson, «Caracremada» se niega a especular sobre la vida del maquis catalán: ni siquiera su

biografía oficial explica lo que hizo en esos diez años en las montañas. «Queríamos describir al personaje a través de cosas reales: unas botas, una pistola, un cordel que llevaba atado a la cartuchera. Objetos, acciones y espacios reales». Del respeto por la realidad nace una distancia modesta, que mitifica a Ramón Vila sin quitarle los pies del suelo. Es la tensión entre el cerca y lejos que Galter aplica a un relato histórico con minúsculas: «Nunca estoy al lado de Ramón porque no lo conozco, casi ni le entiendo. Por eso existe esa distancia: tengo una perspectiva débil sobre un hombre fuerte».